

Contaminación, Imecas y salud

De falsos culpables y verdades a medias*

LILIA ALBERT

Muy recientemente

Como todos los años, antes de que entre el invierno las autoridades informarán a los deferios, con pompa y circunstancia, las medidas que les garantizarán que estarán protegidos de la contaminación atmosférica y sus efectos durante la temporada invernal.

Aunque este artículo entró a prensa antes de ese informe, la experiencia que han dado esos asuntos permite ir imaginando algunas de las recomendaciones: usar el auto lo menos posible, no salir a la calle (!), abrigarse bien, no quemar llantas ni cohetes, y quizá, como aconsejaba el folleto de la desaparecida Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (Seduc), *Remedios caseros en caso de inversión térmica*, si se presenta una urgencia "hervir agua con alcohol para reducir el grado de contaminación en la vivienda".

Se puede también dar por sentado que en algún momento seremos testigos, como año tras año, de declaraciones y contra declaraciones sobre si la contaminación afecta la salud humana, o por el contrario es casi vitamínica, discusión que dada la pasión con la que intervienen en ella los diversos declarantes dejará al ciudadano común todavía más confuso de lo que estaba en un asunto que, gracias a los esfuerzos de las autoridades, de todos modos no se ve claro.

Si bien en temas de economía, política o ingeniería, por ejemplo, muchos ciudadanos están bien informados, en materia de contaminación ambiental, y particularmente en lo que se refiere a la atmósfera del valle de México, la mayoría han caído víctimas del bombardeo continuo de "declaraciones autorizadas" y de la muy bien orquestada campaña oficial que ya lleva 20 años de éxito. La mejor prueba es que muchos afirman, convencidos, que los culpables de la contaminación son los coches o los baños públicos, y que todo va por buen camino, independientemente de que sus enfermedades y las de sus familiares, más un somero análisis de los escasos datos disponibles, deberían hacerlos sospechar que en esto hay más de un punto poco claro.

Si no fuera porque el asunto es de la mayor gravedad, pues se trata de 20 millones de seres humanos sometidos de manera crónica a una mezcla de gases tóxicos cuya magnitud real desconocemos, el próximo espectáculo se podría disfrutar como parte de la receta de pan y circo que tan útil se considera en muchos casos.

Los falsos culpables

Desde los tiempos de la difunta Subsecretaría del Mejoramiento del Ambiente -que ya en su nombre daba a entender a los no iniciados que el ambiente en México estaba de bien a muy bien y que sólo había que "mejorarlo", no protegerlo, como ocurre en países menos utópicos-las autoridades han ido inventando una serie de falsos culpables de la contaminación, en general chivos expiatorios poco aptos para defenderse, a los que año tras año se les responsabiliza del problema.

Es hasta fechas relativamente recientes -y TLC de por medio- que no ha quedado más remedio que ir llegando, poco a poco y con mucho cuidado, a la raíz del asunto. A lo largo de los años entre los falsos culpables más populares de las autoridades han estado: a. *Las inversiones térmicas*. Estuvieron entre los primeros responsables oficiales de la contaminación y todavía se pueden encontrar despistados que les atribuyen el problema. Sin embargo, cualquiera que se tome el trabajo de averiguar qué son realmente estas inversiones que, sobre todo en invierno, desatan el caos sobre la ciudad y obligan a imponer en forma doble el *Hoy no circula* alterando la vida de los capitalinos, se habrá dado cuenta que son un fenómeno tan natural como la lluvia y el viento y que, por sí solas, no pueden causar contaminación ni efectos nocivos para la salud. Es cierto que si una inversión ocurre en sitios como el Distrito Federal, en que la atmósfera ya está contaminada, la situación se agrava pues se reducen las posibilidades de que los contaminantes se dispersen. Pero, en términos estrictos, culpar a un fenómeno natural de algo que se debe a las actividades del hombre no resiste el análisis más benigno. Si las autoridades realmente creen lo que dicen sobre este asunto están mucho peor de lo que creemos, y habría que pagarles un curso básico al que pueden invitar a quien preparó el folleto de Sedue ya mencionado.

b. *Los baños públicos, tortillerías, panaderías y tintorerías*. Tradicionalmente estos establecimientos han estado entre los culpables favoritos de las autoridades. Contra ellos se piden las denuncias de ciudadanos -cuando está de moda la participación social-, y a los que todavía se elige para ilustrar cualquier folleto. Es cierto que usan combustóleo, pero también lo es que en su etapa de mayor popularidad como chivos expiatorios las autoridades sabían perfectamente que las termoelectricas del valle de México estaban consumiendo del 70 al 80 por ciento del combustóleo que se quemaba en la zona metropolitana, tal como

sabían que la Comisión Federal de Electricidad hubiera preferido usar gas natural pero que Petróleos Mexicanos no se lo podía proporcionar. Naturalmente, también sabían que el combustóleo que Pemex estaba vendiendo era rico en azufre y, por lo tanto, que al quemarse generaría altas concentraciones de dióxido de azufre (que en la atmósfera se convierte en trióxido de azufre y éste en ácido sulfúrico, el cual formará neblinas y lluvias ácidas con graves consecuencias sobre el ambiente y la salud). Sin embargo, a lo largo de casi 20 años y hasta fechas relativamente recientes, todo lo anterior se mantuvo como secreto de Estado; en las noticias y en la relación de culpables nada de la CFE, nada de Pemex ni del combustóleo; puros criminales irredentos y faltos de conciencia patria: los baños públicos y las panaderías.

Como algunos de los casos que se verán más adelante, éste es un ejemplo típico de lo que se llama "culpar a la víctima", pues si bien estos establecimientos contribuyen al problema, es bastante injusto responsabilizarlos de algo a lo que aportan cuando mucho el 20 por ciento y cuya solución no depende de ellos sino de lo que quiera y pueda venderles Pemex.

c. *La quema de llantas y cohetes.* Por diciembre de 1977 hubo un día que amaneció "nublado", y en el que todavía a las 9 de la mañana los autos tenían que traer prendidos los faros. Como era época de preposadas, sin mayores problemas las autoridades buscaron un culpable *ad hoc* y lo encontraron: la quema de llantas y cohetes por joven-citos irresponsables que no comprendían la gravedad de sus actos y nos exponían a todos a morir por asfixia. Como en el caso de los baños públicos, las autoridades calcularon que nadie se iba a poner a investigar cuántas llantas se necesitan quemar para generar el humo suficiente para cubrir en su totalidad la superficie del valle de México, y dejarlo a oscuras por más de 12 horas. Es cierto que la quema ocasional de llantas y cohetes contribuye a aumentar la contaminación pero, en proporción, no más que la actividad cotidiana de las 30 mil industrias que hay oficialmente en el valle de México, y seguramente mucho menos. Ahora que si a uno no le da por hacer cuentas, basta con desmañarse y llegar cualquier día del año, antes de las 7 de la mañana, al kilómetro 25 de la carretera federal a Toluca, o al Mirador en la de Cuernavaca, para apreciar en todo su esplendor la capa de *neblumo* negro que cubre la ciudad, sin necesidad de quema de llantas ni posadas.

d. *Los automóviles.* Han sido y siguen siendo los culpables preferidos de las autoridades. Como los sistemas de "monitoreo" miden principalmente los contaminantes producidos por los autos, las pruebas que hay indican que son ellos la causa del problema. Otra sería la situación si los sistemas de monitoreo midieran distintos indicadores. Aunque los autos generan varios contaminantes, algunos de manera casi específica, también es cierto que al tomar el camino fácil de "culpar a la víctima" se han pasado por alto varios puntos: primero, que en México el uso de automóviles se ha propiciado oficialmente, de manera continua, por medios directos e indirectos, a pesar de haberlos designado "por decreto" como responsables de la contaminación atmosférica, al tiempo que todavía no hay en la ciudad un sistema de transporte público suficiente, eficiente y poco contaminante.

Por otro lado, al igual que ocurre con las tintorerías y las tortillerías, la calidad de las gasolinas no depende del automovilista, que tiene que usar lo que le vende Pemex -antes con plomo y se dice que ahora con benceno-igual que, salvo los ricos, tiene que comprar los automóviles que se producen en el país y que hasta no hace mucho carecían de convertidores catalíticos para reducir los contaminantes.

Ahora que quien siga creyendo que los autos son los culpables, puede salir cualquier día como a las 6 de la mañana hacia Teotihuacán y, después de Ecatepec, en el medio del llano y con muy pocos autos a la vista, ver, oler, tocar y casi cortar el *neblumo*. Claro que cuando la sociedad protesta, la reacción oficial es inmediata: *Hoy no circula* dos veces a la semana. Con lo que la mayoría de los defeños se asusta, piensa en sus problemas cotidianos de transporte, se olvida de la salud por un tiempo y deja en paz a las autoridades.

Así las cosas, es evidente que la imaginación para inventar culpables y verdades a medias que existe en los niveles de decisión es prodigiosa y se ha mantenido incólume sexenio tras sexenio. Sería interesante saber si los responsables fueron los mismos contratados por Sedue cuando tuvo que dar información sobre los pajaritos que en febrero de 1987 cayeron muertos sobre la ciudad, porque "se cansaron de volar/perdieron el camino/eran jóvenes y extraviaron a sus padres/comieron algo que no les sentó bien, etc."

Las verdades a medias

En el caso de la relación entre Imecas, salud y contaminación, aparte del problema de los falsos culpables lo que no se dice es considerablemente más de lo que sí se dice. Además, gran parte de esto último cae en el renglón de los cuentos de hadas, y para entender lo que significan los Imecas -en teoría diseñados para facilitarnos la vida- se necesita tiempo y convicción, mientras que para profundizar en el proceso anual de "inflación de los Imecas", en los que se pasa de una fase a otra, se requieren complejos procesos mentales al final de los cuales ya no sabemos si vamos a morir de asfixia o de surmenage

*Primera parte

Neblumo, término acuñado por los ambientalistas a partir de las palabras niebla y humo, sustituye a la voz inglesa *smog*, compuesta por *smoke* (humo) y *fog* (niebla).